

## HYDRA

“Somos polvo de estrellas”, me dijo una noche mientras observábamos nuestras constelaciones favoritas a través del telescopio que había comprado luego de trabajar durante extensas horas en el taller de mi tío. Aún puedo recordar la sonrisa que atravesaba su rostro el día que la sorprendí diciéndole que tenía un obsequio para ella en el maletero de mi auto. Por fin dejaríamos de invadir la escuela a altas horas de la noche para poder utilizar los artefactos del aula de astronomía.

Astronomía, la clase en la que la había conocido. Todos la llamaban la friki de tercero, pero a mí me parecía la persona más interesante y misteriosa que jamás hubiese visto. Reprobé aquel semestre, parte porque era un desastre, parte porque quería conocerla.

Al año siguiente, el profesor nos asignó juntos como compañeros de proyecto. Ella no hablaba mucho, solo asentía mientras dibujaba en su destrozado cuaderno. Una mañana decidí comprar café para ambos, de manera que pudiéramos entablar una conversación. Con una tímida sonrisa me dijo que odiaba aquella bebida y volvió a concentrarse en su libro. Al día siguiente dejé delante de ella un vaso extra grande de té verde.

-Si no te gusta, me doy por vencido.

-En realidad me encanta, gracias.

Aproveché para pedirle ayuda con la clase. Dijo que podíamos reunirnos en la biblioteca los lunes y miércoles, los demás días estaba ocupada. Tiempo después comprendí el motivo.

Pasaron los meses y nos volvimos cercanos. Una noche, cuando estaba a punto de montarse a su bicicleta (a pesar de que hubiera insistido en llevarla en mi auto) la llamé gritando. Le pregunté si quería salir conmigo, donde ella quisiera. Aceptó mi propuesta y me dijo que pasara a buscarla la noche siguiente por su casa.

Su hogar era pequeño y sencillo, pero estaba abarrotado de niños. Cuando abrió la puerta pude ver al menos tres pequeñas cabezas corriendo por la sala.

-Soy la mayor de cuatro hermanos, y sí, la única mujer.

Luego de conducir media hora me dijo que debíamos detenernos.

-No lo entiendo, es un parque, podríamos haber ido a uno más cercano.

-No es cualquier parque, ¿acaso ves algún edificio, o centenares de carteles luminosos? Exacto, nada. El lugar perfecto para poder observar el cielo sin ningún impedimento.

De suerte tenía una manta de cuando íbamos de picnic con mi madre. Le pregunté el motivo por el que había elegido aquel lugar, pero lo evadió y me pidió que le contara más cosas sobre mí. Y hablé sin parar durante horas. Ella solía decir que le encantaba escuchar.

Le conté que vivía solo con mi madre, que jamás había conocido a mi padre. Que jugaba al fútbol americano porque me había gustado desde pequeño, y porque en un futuro me daría la

oportunidad de que me otorgaran una beca en alguna universidad. Le comenté sobre mi trabajo en el taller, sobre mi pasión por los autos y cómo soñaba con poder tener un descapotable algún día. Le dije que había tenido una sola cita previamente con una animadora, la cual resultó siendo un completo desastre. No dejaba de hablar sobre las mil y unas volteretas que hay en su deporte.

Una vez que no tuve nada más por decir, simplemente nos tendimos uno al lado del otro observando el cielo en silencio. Y sí que tenía razón, jamás había visto un cielo tan despejado. Podía contar las estrellas que nos iluminaban fácilmente.

Aquel encuentro se volvió una rutina de todos los viernes por la noche. Me preguntaba por mi semana, pero jamás hablaba demasiado sobre su vida. Sus respuestas eran cortas y concisas, y eso aumentaba mi intriga.

Una noche, luego de terminar la pizza que habíamos llevado, junté valor y le pregunté si quería ser mi novia.

-Por favor, no lo arruines. No encuentro manera de explicártelo, pero no puedo.

Respeté su decisión y continué siendo solo su amigo. Creí que las cosas se volverían raras, pero cuando el viernes siguiente llegó, me detuvo mientras recogía mis cosas y me dijo que en esta ocasión ella invitaba la cena.

Al mes siguiente, el profesor nos asignó un proyecto que debíamos realizar juntos en un hogar. Ella ofreció el suyo. Agradecí que lo hiciera ya que mi mamá necesitaba la casa tranquila para poder terminar sus maquetas y planos. Ser arquitecta le tomaba un gran tiempo. Aunque tampoco íbamos a hacer un gran ruido, su dulce voz era casi inaudible y pocas palabras salían de su boca.

Su habitación era increíble. El techo lucía como el cielo nocturno (luego me enteré que ella misma lo había pintado), y gracias a un proyector diversas constelaciones iban moviéndose lentamente. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías llenas de libros, enciclopedias, algunos álbumes de fotos y diarios, decenas de diarios llenos de dibujos.

-¿Tocas el piano?

-Ya no. Concentrémonos en lo importante, el proyecto.

Pocas veces tuve la oportunidad de oírla, como en un cumpleaños de su madre. Realmente tenía talento.

Medallas adornaban la pared detrás de su escritorio. Premios por astronomía, a la mejor compositora, a la mejor niña exploradora, a la mejor pianista del estado. Yo solo tenía uno roto por culpa de mi perro de cuando habíamos ganado un torneo de fútbol en primer año, a pesar de que solamente me había quedado en la banca como suplente.

Su madre insistió en que me quedara a cenar. No dejaba de decir lo contenta que estaba porque por fin su hija había llevado un amigo a la casa. Si con ella reinaba el silencio, con su familia el caos. Sus cuatro hermanos peleaban entre ellos por quien terminaría el plato primero, su madre los reprendía y su padre se interesaba por el día de su hija, quien respondía

con monosílabos. La comida de su plato vagaba de un extremo al otro mientras la empujaba haciendo una mueca. Siempre hacía lo mismo, rara vez comía algo por completo. Aunque jamás se lo dije.

Una vez que todos terminamos, se excusó diciendo que se sentía un tanto mal y que iba a descansar un rato. Su padre la siguió por la escalera. Su madre, quien insistió en que la llame solo Marie, me acompañó a la puerta.

-Debo serte sincera, es la primera vez que trae a algún amigo en años. Nos preocupábamos porque creíamos que estaba sola. Gracias por ser comprensivo con ella, no es fácil por lo que está pasando.

Asentí aunque no tenía idea de qué estaba hablando. Estaba seguro que si se lo preguntaba a ella buscaría cualquier excusa para alejarse de mí.

Una tarde conseguí la llave de la sala de astronomía y me la llevé para hacerle una copia. Probablemente si alguien se enteraba me hubiesen expulsado, pero tiempo después descubrí que inclusive si eso pasaba, hubiese valido la pena.

Al principio me regañó, y cuando nos infiltramos esa noche moría de miedo. Pero allí lo teníamos solo para nosotros, el telescopio. Alternábamos entre ir al parque e invadir la escuela. Todas las semanas me enseñaba algo sobre alguna constelación.

-Aquella que estás viendo a la izquierda, con forma de rombo y alguna que otra raya, se llama Aquila, o también conocida como El Águila. No sé si lo sabías, pero detrás de cada constelación hay un mito. Para los griegos, representaba al único animal que es capaz de volar de cara a los rayos del sol.

Poco a poco fui aprendiendo los nombres de cada una: Apus, Ara, Columba, Lynx. Ella tenía siempre algo que comentar, y yo le demostraba todo mi interés, porque eran las únicas veces en las que ella llenaba los silencios y yo me limitaba a asentir.

Volví a su casa varias veces, no solamente estudiábamos, a veces me enseñaba a pintar, otras mirábamos películas o nos quedábamos escuchando su música favorita.

Era invierno, cenábamos pasta casera de su madre cuando le preguntaron si invitaría a algunos amigos la noche siguiente. Ella los fulminó con la mirada y les dijo que cerraran la boca.

-¿No le dijiste que mañana es tu cumpleaños?

Se limitó a negar con la cabeza y el silencio reinó en la mesa. En ese momento supe que debía irme.

-Espera, no es que no quería decírtelo, simplemente no me gustan los festejos. Aunque si quieres puedes venir a cenar. Mis padres invitaron a mis primas y se puede decir que no son mis familiares favoritas.

Le prometí que allí estaría. No podía presentarme sin ningún obsequio, pasé la noche desvelado pensando en qué regalarle. No era la clase de chica que moría por maquillaje a ropa, así que opté por lo único que sabía que le gustaría.

Me tomó toda la tarde encontrar una libreta adecuada. Quería una que destacara entre las decenas que tenía. Una que la representara. Finalmente la conseguí, era de color azul jaspeado, por lo que parecía estar salpicada de estrellas. Le pedí un bolígrafo a la vendedora y escribí con la mejor caligrafía que pude:

*Para que escribas sobre el misterio de tu propio universo. Realmente deseo que algún día me dejes observarlo con un telescopio. Mientras tanto, feliz cumpleaños mi constelación personal.  
Somos polvo de estrellas.*

Cuando quedaban solamente adultos en la casa, me preguntó si podíamos alejarnos de allí. Así que abrí el maletero de mi auto y le dije que nos sentáramos.

-No es lo mismo que observar las estrellas desde el parque, pero algo es algo. Casi se me olvidaba, feliz cumpleaños.

La vi llorar por primera vez aquella noche. No dijo absolutamente nada. Me rodeó el cuello con sus brazos y me besó. Sentí el sabor amargo de sus lágrimas, pero poco me importó. Quería recordar ese momento para siempre. Y allí nos quedamos, mirando el misterio del universo hasta que llegó el amanecer.

Podría decirse que estábamos en una relación, aunque ella no quisiera establecer el título de "novios". Conoció a mi madre, quien no dejó de hacerme quedar en ridículo frente a ella. Una vez vino a uno de mis partidos, y juro haberla visto festejar a los gritos cuando anotamos un gol, aunque ella lo negara rotundamente. Éramos inseparables.

Pero el verano llegó y las vacaciones comenzaron. Creí que sería la oportunidad perfecta para que pasáramos aún más tiempo juntos, pero me dijo que la familia entera se iba de vacaciones a la costa, exactamente a 5.306 kilómetros, durante los tres meses enteros. Creí que mi mundo se desmoronaba, aunque ella insistió en que nos escribiríamos cartas, como los antiguos amantes, solo que por correo electrónico.

Las primeras semanas fueron fáciles de llevar, hablábamos a toda hora. Pero los días pasaban y comenzaba a no recibir respuesta alguna, o correos de una sola línea. Mi madre me dijo que quizás ella quería un respiro, que estaba bien distanciarnos por un tiempo. Así que aunque me doliera, dejé de escribirle y dediqué mis días a trabajar en el taller. Conseguí un empleo extra, les daba lecciones de fútbol a niños de la escuela primaria. Claro que pensaba en ella, pero también seguía con mi vida.

La semana anterior al comienzo de clases, le escribí preguntándole si ya había regresado a su hogar. Respondió que aún seguía en la casa de la playa. Las luces de su habitación, su silueta y la leve melodía de un piano no indicaban lo mismo.

Regresamos a la escuela. Lamentablemente este año no coincidíamos en las mismas clases, tampoco en astronomía. Pocas veces la veía en los pasillos, y cuando intentaba acercarme, escapaba rápidamente. Faltaba cada vez con más frecuencia. Lucía diferente, mucho más delgada y con un nuevo corte de cabello. Atrás quedó su larga cabellera pelirroja, ahora apenas le llegaba a los hombros.

Di por sentado que lo nuestro había terminado, siquiera antes de que comenzáramos a oficializarlo. Ya no la veía nunca en la escuela. Le pregunté a los profesores pero nadie sabía nada o mentían demasiado bien. Realmente no tenía amigas, por lo que tuve que recurrir a mi última opción. No pude soportarlo más y me acerqué una tarde a su casa.

Su madre me permitió subir a su habitación. Cuando finalmente pude verla de cerca, me costó reconocerla. Supe inmediatamente que algo no iba bien.

-¿Qué haces aquí?

-Tu madre me dejó entrar, ¿qué te sucede? Vuelves de las vacaciones, me lo ocultas, me ignoras y por poco abandonaste la escuela. Creí que teníamos algo especial.

Con una mueca de dolor, se incorporó para poder mirarme a los ojos.

-Ese es tu problema. Te lo dije desde el comienzo. Yo no podía tener una relación, no puedo. Así que hazme un favor y vete. Hazlo más sencillo para los dos.

-¿Por qué? – Silencio – Supongo que no éramos polvo de estrellas al fin y al cabo.

Se limpió las lágrimas con la manga de su buzo y miró hacia otro costado. Supe que habíamos terminado. Jamás podría ver con mi telescopio el misterio de su universo.

Cerré la puerta dando un golpe, me despedí de Marie y corrí a mi auto. Solté el llanto que había estado conteniendo todas estas semanas. Cuando me recompuse, intenté arrancar el motor pero no hubo caso, estaba muerto, como mi corazón en ese momento. Realmente estaba enamorado de ella.

Si las cosas no podían darse peor, comenzó a llover torrencialmente. Decidí regresar a mi casa caminando, cuando oí un grito. Su grito. Estaba tan débil que apenas la oía. Se acercó lo más rápido que pudo y agitada me dijo:

-Te lo explicaré, ¿okey? Pero por favor vayamos dentro, me estoy muriendo de frío.

Estaba enferma, muy enferma. Cáncer terminal. Recién la habían trasplantado cuando nos conocimos. El doctor le había dicho que solamente había un veinte por ciento de probabilidad de que el órgano que había recibido no funcionara.

Los primeros meses todo iba de viento en popa por lo que le dieron el alta definitivo, aunque ella nunca perdió el temor de que reaparecieran los problemas. Muchas veces había estado a punto de decírmelo, pero no quería que nuestra relación fuese diferente a causa de su enfermedad, y ¿quién soy yo para juzgarla? No quería encariñarse demasiado conmigo, el dolor que sentiría de solo pensar que cabía la posibilidad de perderme era más fuerte que el del cáncer. Pero terminó sucediendo, porque así es el amor, más poderoso que cualquier tormenta.

Para cuando el verano llegó, los dolores reaparecieron. Aquella casa de la playa no existía, estaba en un hospital en otra ciudad porque allí atendían los mejores profesionales. Ya no había vuelta atrás, la metástasis se había esparcido por todo el cuerpo, el trasplante había sido un fracaso. Le quedaban dos meses de vida, con mucha suerte.

Allí fue cuando pensó que lo mejor sería cortar lo nuestro de raíz. El resto de la historia ya la conocen. Ver a mi estrella apagándose día a día fue lo peor que me pasó. Íbamos en contra del

reloj, pero aun así disfrutamos los momentos que nos quedaban. Los enfermeros entraban y salían de su habitación. Una noche les rogué que nos permitieran hacer un picnic en el patio trasero de su casa. Su madre terminó cediendo. Esa noche habló sin parar, quedándose sin aire muchas veces, relatándome hasta el último detalle de la astronomía y susurrándome por última vez “somos polvo de estrellas” hasta que nos quedamos dormidos.

Hoy se cumplieron dos meses de que la mitad de mi universo se apagó. Decidí acercarme a su hogar para saludar a su familia. Luego de un rato, su madre me dio un pequeño paquete.

-Lo dejó para ti. Lo descubrimos hace pocos días bajo el colchón de su cama.

Decidí abrirlo en mi casa. Era el cuaderno que tiempo atrás en su cumpleaños le había obsequiado, solo que sus hojas estaban completamente escritas. La mano me temblaba cuando abrí la primera hoja. Debajo de mi nota había un recuadro escrito por ella: *Relatos de nuestro universo*. Había escrito la respuesta a cualquier pregunta que alguna vez le había hecho, sus sentimientos, sus temores, el amor que no quería pero finalmente sintió por mí. Era el libro de nuestra historia. Lo miré rápidamente cuando un sobre cayó. *Para cuando ya no esté.*

*Supongo que si recibiste esto es porque finalmente sucedió.*

*No quería (y juro que no) ser la causante de dolor. Por eso nunca quise acercarme a ti, pero claro que eres testarudo y lo terminaste logrando. No se hablar de sentimientos así que voy a relatarte algo de lo que más sé: astronomía.*

*¿Nunca te preguntaste por los misterios que esconde el Universo? Es decir, teorías hay miles, pero certezas ¿cuántas? Nos dicen que fuimos creados por el Big Bang, el principio del universo, es decir, el punto inicial en el que se formó la materia, el espacio y el tiempo. Pero ¿no puede ser verídica otra opción? Quizás los responsables son los dioses de que hoy los planetas, las estrellas y las partículas existan. El punto es que es algo desconocido. Si pensamos en el todo del universo, los humanos realmente somos nada. Es por eso que quiero que sepas que mi muerte no es el fin del mundo. Es otro proceso natural que se da así porque el universo lo quiere. No es una catástrofe como un tsunami o la caída de un meteorito. Solamente dejaré de molestar a unos cuantos en la clase de astronomía con mis comentarios de friki.*

*Y aquí va un último relato sobre una constelación, mi constelación. Se dice que es la constelación moderna más grande, y adivina qué, también tiene un mito detrás. Aparece como una serpiente retorciéndose, que fue enviada al cielo por Apolo. Quizás fue este dios el que se apiadó de mí y me lanzó junto a las estrellas para librarme del veneno de mi propio cuerpo.*

*Debes saber que el polvo de mi estrella no se apagó, está más fuerte que nunca. Porque cada vez que mires al cielo con tu telescopio, allí voy a estar, iluminando el misterio del universo, de nuestro universo.*

*Somos polvo de estrellas*

*Hydra*